

La Guirnalda Polar

La Redvista Electrónica de Cultura Latinoamericana en Canadá
Los Tesoros Culturales del Mundo Hispanohablante

Orlando y Tania

Cuento por Marcos Manuel Sánchez (España)

Algo sucedió en la travesía que emprendieron juntos Tania y Orlando. Un cambio pugnaba por producirse para perturbar su cómoda existencia anclada en el barrio alto de la ciudad, un lugar para ricos donde sus almas aspiraban a conquistar el paraíso.

Tuve ocasión de ser testigo de muchos episodios de su convivencia, lo que me convirtió, supongo, en algo así como una cámara que contempla imágenes e imprime en su memoria los trazos de un dibujo, un rompecabezas que al final de la historia se completa con una pieza que siempre te pareció que no encajaba y la dejabas apartada en un rincón. Antes de que mi enfermedad me postrase en el hospital, mi relación con aquella pareja me había dejado un poso en la memoria. Una inquietud empezó a crecer en mí y me ha animado a contarles aquello de lo que fueron capaces esos dos supervivientes de la modernidad.

El cambio de rumbo en su viaje compartido pudo haber empezado en una estancia cualquiera del chalet de tres plantas, agarrado cada uno a una copa de Borbón:

Orlando y Tania, Tania y Orlando. Es gracioso que estos cinco años de convivencia me parezcan tan... prescindibles.

¿Prescindibles? ¿Cómo puedes tú decir eso? En todo este tiempo no me has dedicado un momento de amor. Más allá de lo carnal no represento para ti más valor que un libro desacreditado.

Eres injusta, Tania. Me esfuerzo por equilibrar nuestra vida y tú te sales por la tangente. No me incrimines, porque he hecho mucho por ti. ¿O has olvidado de dónde ha venido todo el dinero que ha estado entrando en la casa?

Eso es lo que llamas entrega. Mover el talonario de un lado a otro haciéndote el gallito y luego llevarme a la cama para terminar de llenar el pozo sin fondo de tu narcisismo. Pero ahora es distinto. Hace dos años que me gano muy bien la vida. Si crees que te necesito es que estás más ciego de lo que suponía.

Claro, desde que te convertiste en la súper ejecutiva del banco me miras desde otra altura ¿no es cierto? Di mejor que he aprendido a conocerte. Cuando era una simple empleada carecía de experiencia tratando a los machitos como tu; hasta me subyugaban con sus contoneos y presunciones, tan acicalados y perfumados. Por eso me engatusaste. Supiste utilizar tus armas.

Algo más habría detrás de la fachada ¿no? O a lo mejor quieres dar a entender que yo estaba a la altura de una cabecita vacía.

Mira, Orlando, creo que lo nuestro no está funcionando porque he madurado, mientras que tú sigues ahí mirándote el ombligo. Por cierto, que has engordado sobremanera últimamente.

Vaya, yo no puedo decir lo mismo de ti porque siempre te he visto más inflada que una rueda de camión.

¿Y qué? Soy feliz con este cuerpo y no me vencen los complejos. Deberías tomar ejemplo.

No creo. No resistes una mirada al espejo, cariño. Me he fijado en eso. Siempre vas con esa ropa tan holgada... parece un sayón de fraile.

Uff, y tú luces la papada de un...

No sé cuánto tiempo permanecí escuchando aquel intercambio de veneno, probablemente más del que hubiese deseado. Cuando decidí intervenir, encontré a Orlando sólo en la sala, apurando la copa.

No he podido evitar oír...

No te preocupes atajó. Es una muestra más de que lo nuestro se deshace. Si es que alguna vez hubo algo que

mereciera la pena.

Mientras observaba a Orlando, plantado a un metro de mí, con su abdomen prominente y su mano carnosa rodeando el vaso como una prolongación de sí mismo, tuve la revelación de algo que hasta ese momento no había apreciado, al menos de manera consciente: a Orlando le sobraban muchos kilos y por su papada poblada de pliegues y su escaso pelo que caía sudoroso sobre la frente aparentaba rebasar la barrera de los cincuenta, cuando su edad rozaba los treinta y cinco.

¿Qué hay en Tania que no te guste, aparte del físico? espeté a bocajarro.

¿Te refieres a si descuida su higiene personal o algo así?

No seas cínico, hombre. Te conozco y sé que ves más allá de lo simplemente material. Eres tozudo pero no un borrico. Y ahora dime, ¿qué os está pasando?

Me miró de soslayo mientras se servía más bourbon. Carraspeó antes de hablar:

Que te lo diga ella. Desconozco lo que pasa por su privilegiada cabecita.

Dio un trago largo que pareció rasparle la garganta como una lija y señaló hacia las escaleras que unían el enorme salón con las plantas superiores de la casona.

La encontrarás llorando en su habitación.

Dudé entre subir o terminar de una manera más eficaz el diálogo. Intenté lo segundo:

Orlando, quisiera que de una vez reflexionaras sobre esto sin salidas de tono ni sarcasmos ¿podrá ser?

Se encogió de hombros sin abandonar el contacto entre sus labios y el borde del vaso. En ese instante predije que volvería a llenarlo en cuestión de segundos.

No puedo reflexionar sobre algo que no entiendo murmuró. Lo más que cabe pensar de su actitud es que ha encontrado a otro.

Las bolsas amaratas de piel que colgaban bajo sus ojos reflejaban que Orlando llevaba bastante tiempo durmiendo mal, probablemente dándole vueltas a aquello que pensaba en realidad.

Orlando, ¿podrías decirme por una vez qué es lo que de verdad te preocupa? Déjate de fingir que no ves más allá de tus narices...

Aparté la mirada de su figura voluminosa y la dejé vagar por la estancia. Trofeos de caza por las paredes, diez o doce ciervos, uno de ellos de catorce puntas; unos quince jabalíes con colmillos más retorcidos que los pensamientos de Orlando...

En contraste con el tono roble de la puerta de entrada, un marco de ébano rodeaba el retrato de Tania como un muro protector y ensombrecía innecesariamente el semblante marfileño de la mujer. En ocasiones he pensado que si consiguiera estar más delgada parecería otra persona. Los ojos en el óleo reflejaban con el mismo fulgor el tono aguamarina de los auténticos. Su mirada se había adueñado de mi voluntad hacía mucho. Esa permanente chispa... transmitía sensaciones contradictorias; una pura lucha de opuestos. Esos ojos parecían entregar sus pensamientos a los que la rodeaban con la misma facilidad con que dibujaban el enigma permanente de un secreto, como si aquella luz la produjera una piedra oscura como la noche. Podía imaginarla sollozando en su cuarto del piso superior, sentada sobre la bicicleta estática que nunca había llegado a utilizar. Estaría debatiéndose en un mar de dudas; si yo fuera ella, me marcharía de aquella casa de la discordia buscando aires más frescos, un espacio por donde dejaría discurrir mi vida sin permitir que nadie la perturbara. Para Tania y Orlando había llegado el momento de la despedida, el adiós a cinco años en los que la ilusión había empezado a ceder terreno al abandono y al olvido.

La voz entrecortada de Orlando parecía provenir de muy lejos:

Querías saber qué es lo que me preocupa... pues bien, se trata de una sola cosa: la rutina. Nos vamos aburguesando y cada vez pasamos más desapercibidos el uno para el otro. Créeme, eso de formar parte del decorado no va conmigo. Ya no recuerdo cuándo nos dijimos por última vez algo cariñoso, con sinceridad, que no sonase a convencional...

Supongo que el trabajo os agobia a los dos, es algo inevitable. Nos roba la mayor parte del tiempo y minimiza la calidad de vida. Si me lo permites te diré que os ha faltado comunicación; el diálogo es una sana actividad ¿sabes?

Sí, sí. Hay que dar cera al matrimonio y todo eso. Algo así como lubricar la maquinaria para que se siga moviendo. Maquinaria pesada... ja, ja, ya sabes, el exceso de peso y tal.

Oye Orlando, no sé el por qué de esa obsesión vuestra con la obesidad; siempre os estáis echando en cara que os sobran carnes y lo usáis como arma arrojadiza. ¿Por qué no empezáis por poner os en forma? Igual es el comienzo del fin de vuestra desdicha.

Lo nuestro requiere una cirugía agresiva y por separado, así que no será ese el camino.

Orlando se tumbó sobre la rinconera aterciopelada de espaldas a mí. Con un suspiro profundo se acurrucó e hizo un gesto con una de sus manos gordezuelas a modo de despedida. Entendí zanjada la cuestión. Ya no volvería a intentarlo con él. Era como rebotar contra un muro de piedra.

Subí el primer tramo de escalera con intención de decir adiós a Tania, pero detuve mi paso al escucharla hablar por teléfono. Sí, se trataría de su amiga Irene, sobre quien solía verter el mar de sus insatisfacciones.

...pasado mañana cogeré ese avión. Nos veremos en Palma a las cinco. ¿Qué? ¿Él? Él no hace nada por remediarlo. Lo nuestro pasó a la historia hace tiempo.

Decidí que debía dar media vuelta y alejarme de allí. Mientras descendía por la amplia escalera en forma de espiral escuchaba la voz de Tania, susurrando entre los rincones, rebotando en el mármol rosáceo de las paredes. Estas resultaban frías como el cristal de los ventanales que me separaban de los jardines sin flor, agrisados por el rigor del invierno.

La parte alta de la ciudad proyectaba su majestuosidad desde una colina de dientes de sierra que abrazaba como una media luna el contorno de los suburbios. En ellos, los parroquianos deambulaban de un lado a otro hasta bien entrada la noche, sumergidos en un bullicio de trastos a motor transportando cachivaches, motos pestilentes o gritos desaforados por cualquier motivo peregrino. Tania y Orlando, como otros de su misma extracción, descendían a esos infiernos cuando requerían algún mueble antiguo para decorar la casa, frutas y hortalizas frescas de mercadillo o un baño de humanidad al igual que cuando recurrían al gimnasio o a la talasoterapia para recibir su dosis de engrosamiento del bienestar.

Mi entrañable Volkswagen del ochenta y dos puso distancia entre la colina de la opulencia y yo, transportándome hasta el casco antiguo donde disponía de un ático frente a la iglesia.

Sería la última vez que pisaría la mansión de mi hermano Orlando en mucho tiempo. Sí, esa noche empecé a notar un dolor casi insoportable en el pecho, agudo como mil agujas que punzaran mis entrañas extendiéndose como una brasa por mi brazo izquierdo. El lateral renacentista de la iglesia recientemente restaurado asaltó mi mente al mirar por la ventana, quizá con el mensaje de que aquel monumento había sufrido la enfermedad del tiempo y ahora lucía agradecido un cuerpo nuevo. También yo necesitaba una reparación, y de forma urgente. La ambulancia me dejó en el modernísimo hospital provincial pasadas las dos de la madrugada. Eso constaba en la ficha de admisión de la UCI. No había transcurrido más de media hora desde el ataque, pero me encontraba perdido en el tiempo, como si mis sentidos se desprendieran de mi cuerpo para flotar en una dimensión distinta. Me administraron una pastilla de cafeinitrina que me colocaron bajo la lengua y practicaron algunos otros manejos en mí de los que solo recuerdo la presión de una goma elástica y algún pinchazo.

Al día siguiente el cardiólogo del turno de noche me confirmó que había sufrido una angina de pecho y que estaría en observación hasta que mis constantes fuesen perfectas. No sabía el buen hombre que eso era poco menos que imposible pues habitualmente mi tensión subía y bajaba como los Picos de Europa o como los vaivenes de la relación entre Tania y mi hermano. Yo estaba acostumbrado tanto a lo uno como a lo otro, aunque acababa de recibir en mis carnes una advertencia de que por ahí no iba bien encaminado. Mis hábitos de dormir muy poco, comer como un colibrí y trabajar a destajo con el estrés presidiendo mi vida podrían estar siendo la causa de un lento suicidio.

El matrimonio de mi hermano se había hundido definitivamente y sólo yo sabía la causa. Los vecinos o amigos abrirían desmesuradamente los ojos cuando recibieran la noticia de su separación pues la imagen pública la cuidaban con mimo y jamás habían dado motivos de sospecha. Lo mismo que mi recién manifestado mal: nadie lo habría predicho por mi apariencia física. Y es que en esta sociedad que vigila tanto la fachada sólo son susceptibles de tener infartos los fofos, obesos o feos. Puedo oír a mis amigos:

¿Cómo? ¿Francisco ha sufrido un infarto? Pero si jugaba al squash conmigo y le encantaban las ensaladas...

Una vez devuelto al calor de las paredes de mi casa, solía recibir la visita de mi hermano. De vez en cuando me traía un libro o el periódico y hablábamos del nuevo rumbo que estaba dando a su vida. Casi no podía creer el aspecto tan distinto que había adquirido tras innumerables sesiones de gimnasio, terapias hídricas y clases de jiu-jitsu. ¡El blando de Orlando practicando artes marciales! Lo nunca visto. Yo me había restablecido casi por completo y procuraba pasear a diario por la Dehesa, como indicó el doctor. Reconozco que me animaba bastante eso de tener repentinamente un hermano convertido en atleta, así que me aplicaba a ello con ahínco.

Durante una buena temporada dejamos de vernos y hablábamos por teléfono de cuando en cuando. Al cabo de un año o así vino a verme a casa. El susto cardíaco había quedado atrás aunque debía observar unos hábitos de vida más serenos y reducir tensiones, cosa que se me hacía bastante cuesta arriba. Para un tipo como yo no es

fácil acostumbrarse a vivir sin una buena dosis de adrenalina.

Orlando me trajo un recuerdo de familia.

Es el álbum de nuestra Primera Comunión... le miré con sorpresa. Éramos unos enanos.

Hay un poco de todo. Fíjate en esos dos soldaditos con cara de pánfilo.

Vaya, tú y yo durante el servicio militar.

Le observé por encima del cuaderno de las fotos. No pude evitar fijarme en su cara exenta de papada y carnes temblorosas. Se mostraba tersa y del color adquirido por los que disfrutaban de la vida al aire libre, con ese tostado común entre los que practican a menudo el esquí.

Volví a la colección de fotos. Allí estaban los rostros y cuerpos con treinta años menos de familiares más o menos directos. El reportaje terminaba con una imagen reciente de mi único hermano en el balcón principal de su casa del barrio alto. Alterné la mirada entre el álbum y la figura de Orlando.

Pareces más joven ahora afirmé con un tono de incredulidad.

Será porque me he operado la nariz. La foto es de hace unos cinco años. Tenía más pelo en la coronilla.

No se trata del pelo o la nariz, es... todo. ¿Cuánto has adelgazado, treinta kilos?

Más o menos. Esto de hacer vida sana y cambiar de aires me ha ido bien. Desde que vivo solo aprovecho mucho mejor el tiempo.

Ahí estaba él, con su recién estrenada cinturita torera y algo que me sorprendió: a través de su ropa se adivinaban unas formas musculosas igualmente desconocidas. Casi me da un acceso de risa.

Caramba, Orlando, estás... irreconocible. Si hubiera dejado de verte más tiempo, no te identificaría ni con mis mejores gafas de aumento.

Le devolví la colección de fotos y me dirigí al mueble-bar. Cuando abrí la portezuela de las bebidas me hizo un gesto con la mano:

Lo he dejado, de veras, tomaré un zumo de pomelo.

Alcé las cejas y sonreí:

Te acompañaré. Precisamente es algo que me ha recomendado el cardiólogo: los jugos de fruta desatascan las arterias.

Me dirigí a la cocina y por el camino le pregunté qué sabía de Tania.

Absolutamente nada, Francisco. Se puede decir que desapareció sin dejar rastro.

Orlando fijó la mirada a través del ventanal. La tarde ofrecía un juego de luminosos ocres que daban sensación de calidez a pesar de aquel desapacible mes de Febrero. Él parecía buscar en un punto del horizonte, desconozco si lo hacía pensando en ella, pero no volvió a mencionarla en el resto de la conversación.

Y dime, hermano, ¿haces mucha vida social en Suiza? Le observé por encima de mis lentes con cierta sorna.

Nada nuevo se interrumpió un momento para beber un sorbo del cítrico. Bueno, la verdad es que eso fue hasta hace un par de días. He conocido a una chica en la estación de esquí. Una monada.

Ah, y la cosa promete...

La conocí en la discoteca, al pie del monte Cervino. De lo más romántico. Lástima que no pudiera acompañarla a su hotel apuró el contenido del vaso sin respirar. En fin, pero hemos quedado para el próximo sábado. Ella también regresaba a España esta semana.

Ajá... pues creo que te vendrá bien eso de volver a disfrutar de una relación...

¿Disfrutar? me interrumpió con expresión escéptica Desde luego que pienso disfrutar. Y esta vez será muy distinto. Lo sé. He aprendido y no cometeré los mismos errores. Bueno Francisco, he de irme. La empresa me va a pagar una maestría en el extranjero y estaré fuera una buena temporada así que, no nos veremos hasta el verano. Espero que sabrás cuidarte tú solito. Has tenido un buen arrechucho...

Permanecí callado unos instantes. Resultaba chocante que mi hermano no sacara a relucir a Tania en ninguna ocasión. En toda mi convalecencia había evitado hablar sobre ella. No sé si eso obedecía a querer desterrarla de su memoria o a la sombra de un arrepentimiento. Orlando es demasiado sentimental como para haberla apartado de su vida sin más. Y me parece que a Tania tampoco le ha resultado fácil. Nuestra común amiga Irene me habla de ella de vez en cuando. Me dice que ha cambiado, pero que en el fondo se siente sola. La voz de mi hermano me sacó de estos pensamientos:

Oye, te noto como ausente ¿en qué piensas?

¿Eh?, no, en nada en particular. Le daba vueltas a algo.

¿Alguno de tus clientes del alma que olvidaste llamar hace cinco minutos? exhibió una franca sonrisa Deberías arrinconar ese stress, ya conoces la opinión del cardiólogo.

Si, sí, ya lo sé contesté un poco aturdido. Reflexionaba sobre lo falsas que son las apariencias. Mira, tú mismo has ofrecido siempre un aspecto que, digamos, no guardaba armonía con...

... con ningún canon de belleza.

Gracias por completar la frase. Quiero decir que, yo he sido siempre un delgaducho y prefiero la comida ligera. Sin embargo, mi corazón me ha pasado factura y tú...

Tienes razón, yo he atesorado todos los factores de riesgo: obesidad, copas, tabaco, stress y a ti el que te ha vencido ha sido este último. He sido más afortunado, sí.

Orlando cogió su abrigo de lana gris y se colocó esa especie de boina bohemia...el toque que le faltaba para pasar desapercibido como Orlando y convertirse en una persona totalmente distinta al original. Hasta la voz se había transformado llenándose de matices que la hacían más profunda, puede que por efecto de haber dejado el tabaco.

Te veré en tu chalet de Sitges para primeros de Julio dijo como si entonara un canto ¿O vas a cambiar tu rutina de soltero empedernido?

No preveo cambios. Ya te avisaré.

Hasta la vista Francisco.

Hasta el verano, Orlando.

Poco más tarde recibí la llamada de Irene. Estaba seguro que me traería noticias sobre Tania. Y así fue. Me indicó que había conocido a un chico y que habían conectado enseguida.

Ha sido cosa de pocos días pero dice Tania que es un gusto de hombre. A ver si la vida me sonrío a mí también, que me estoy convirtiendo en una solterona...

Pues tu y yo nos arrejuntamos y escribimos una nueva historia ¿qué te parece? pregunté a bocajarro. Irene se carcajeó con la ocurrencia. Por cierto, ¿tienes algo importante entre manos esta noche?

Sí, la aspiradora. La casa está que da pena. Hay que repararla.

Bueno, puedo echarte un cable si quieres. Te ayudaré a hacer cena para dos ¿de acuerdo?

Ella esperó un momento antes de contestar.

Umm, vale, pero tú traes el vino.

Así, mientras mi vida había ido rebotando entre contactos ocasionales con conocidas de diversa índole, mi relación con Irene iba afianzándose poco a poco, conduciéndome hacia un lugar todavía indeterminado, pero que permitía vislumbrar alguna esperanza en el horizonte. No podía continuar engañándome a mí mismo con la cantinela que solía soltar a los amigos:

¡Bah! Seguiré soltero mientras vosotros os emparezáis, casáis, separáis, os peleáis por los hijos o les hacéis unos desgraciados. Yo es que ni me lo planteo.

Ellos solían decirme que si de mí dependiera, la humanidad se extinguiría sin descendencia alguna en unos pocos años.

El caso es que las cosas parecían enderezarse para mi hermano y para mí. A los pocos días de nuestro último encuentro, Orlando había concertado una cita con su nueva amiga, Esmeralda, según me dijo. Habían quedado en un bar de esos que sirven una docena de tipos diferentes de café con un aroma exquisito. Separados por una mesita de madera, hablaron de todo aquello que les pasaba por la cabeza. Intercambiaron impresiones sobre su reciente experiencia en la estación de esquí, destacando el buen ambiente de la sala de fiestas donde habían coincidido, con los Alpes al fondo. Orlando pensaba que nunca había conocido a una chica tan encantadora. Me confesó que no le había revelado su nombre verdadero, que era como empezar desde cero en todos los aspectos y para eso quiso rebautizarse como Pablo. Una estupidez como muchas otras típicas de mi hermano.

El ambiente olía a café de Colombia con una intensidad embriagadora. Era curioso que fuese la tercera vez que salían y sin embargo se trataran con una familiaridad poco corriente. A Esmeralda le dio la misma impresión. "Estoy hablando con un tipo que es casi una incógnita y me parece que fuésemos amigos de toda la vida". Si, francamente se trataba de una sensación que a veces uno tiene cuando está con alguien que abre una conexión dentro de ti de forma que hasta sobran las palabras. Esmeralda observaba los rasgos de Orlando: "Esa barbilla marcada, qué fuerza transmite su rostro".

Qué distinto resultaba Pablo de la persona con la que había estado durante los últimos años. La voz del hombre que tenía enfrente transmitía seguridad, afecto y confianza, no como el otro. Estaba harta de todos aquellos gritos, de los desplantes, los malentendidos. Había decidido que ese hombre que tenía ante sí sería capaz de hacerla feliz. Sí, lo intuía. Ella siempre se jactaba de tener un fino olfato para esas cosas. Eso sí, le pediría que le dedicase tiempo, que la atendiera como se merecía, que la hiciera sentirse importante para él.

Mi hermano observó el bello rostro que tenía ante sí. Las manos cuidadas, el óvalo de porcelana de la cara, la silueta cincelada por lo que a buen seguro serían muchas sesiones de gimnasio... Siempre había rechazado la dejadez de Tania por su aspecto, la manera deliberada de maquillarse con todo ese colorete para fastidiarle, la falta de interés por agrardarle a él, que tanto necesitaba de mimos.

Cuando Esmeralda tomó las manos de él entre las suyas fue para hacerle una revelación:

He de confesarte algo, Pablo dijo sin levantar la mirada más allá de los labios de Orlando. El tacto de su piel tuvo la virtud de reconfortar a Esmeralda.

Es que... te he mentado respecto a mi... nombre.

Ah, vaya... Orlando se sentía confundido. Él pensaba haberle dicho exactamente lo mismo.

Es gracioso. Yo también iba a... no me llamo Pablo.

Ella sonrió enseñando una blanca fila de dientes. Nada más conocerse allá en los Alpes, celosos de una independencia recién recuperada, habían ocultado sus verdaderos nombres.

Esto sí que es coincidencia ¿y cómo te llamas?

Orlando.

La mujer quedó inmóvil en su asiento y miró a mi hermano fijamente a los ojos.

No... no puede ser.

¿Cómo que no puede ser? No creo que sea un nombre tan feo. ¿Cuál es el tuyo?

Tania. Me llamo Tania.

Los dos quedaron perplejos observándose el uno al otro sin separar sus manos entrelazadas en lo que pareció a ambos un lapso indefinible de tiempo. Sus ojos se recorrían mutuamente, ávidos de identificar algún rastro, una señal de aquellas personas de las que habían decidido huir y que ahora parecían volver transformadas en arquetipos quizá soñados, quizá idealizados por una ceguera que les había impedido verse a ellos mismos. Y esa realidad que acababan de descubrir les ponía ante sí un reto, una oportunidad. Se cuestionaban si ese había sido siempre su destino, permanecer, entregarse el uno al otro, sin velos ni disfraces, amarse sin más.

Quién sabe si Tania y Orlando recuperarían lo perdido. Quién sabe si algún día Irene y yo viviríamos juntos para siempre. Para mí, lo mejor de esta vida cambiante y traicionera es la libertad de elegir. Qué bonito es equivocarse y tomar otro camino... mientras del error hayas aprendido

Este Documento es parte de una publicación literaria por parte de:
- "La Guirnalda Polar"

Redvista Electrónica de Cultura Latinoamericana en Canadá
Redvista es: (una "revista" que se publica en el internet)

- Número de la Publicación: 116
- Título de la Publicación: México: ¿Democracia en peligro? Hey... y cuentos latinoamericanos...
- Titulado: Orlando y Tania
- Género: Cuento
- Autor: Marcos Manuel Sánchez (España)
- Año: 2006
- Mes: junio
- URL: <http://lgpolar.com/page/read/487>

Imágenes relacionadas con este documento:

1. - "Vista a no sé dónde", fotografía de Kazuyoshi Tlacaclael (México-Japón)

Este número también contiene los siguientes documentos:

- México: ¿Democracia en peligro? Hey... y cuentos latinoamericanos...

Editorial por José Tlatelpas
<http://lgpolar.com/page/read/466>

- Orlando y Tania
Cuento por Marcos Manuel Sánchez (España)
<http://lgpolar.com/page/read/487>

- Un hombre llamado Albinus
Cuento por Aymer Waldir Zuluaga Miranda (Costa Rica)
<http://lgpolar.com/page/read/490>

- Y TÚ QUE NO LLEGAS...
Poesía por Marianela Puebla (Chile-Canadá)
<http://lgpolar.com/page/read/491>

- DIOS VIVE DE LOS CAYOS PARA ABAJO
Cuento por MARTA SEPULVEDA (Colombia)
<http://lgpolar.com/page/read/492>

- TRAVESÍA POR EL DELTA DEL RÍO SAN JUAN
Artículo por Andrés Araujo (Colombia)
<http://lgpolar.com/page/read/493>

- Homenaje a la Celebración Cultural del Idioma Español
Artículo por Jorge Etcheverry (Chile-Canadá)
<http://lgpolar.com/page/read/494>

- ¡Niños de la calle!
Poesía por Uriel Benito Sánchez Galo (Nicaragua)
<http://lgpolar.com/page/read/495>

- Volando bajo
Artículo por Jorge Etcheverry (Chile-Canadá)
<http://lgpolar.com/page/read/496>

- Una nueva ética en la política latinoamericana, entrevista con el Prof. Ulises Lara López
Artículo por José Tlatelpas
<http://lgpolar.com/page/read/497>

- LA CULTURA DE LA CORRUPCION EN MEXICO
Artículo por Gonzalo Martré (México)
<http://lgpolar.com/page/read/498>

- Intelectuales del mundo contra la guerra sucia en México: Abril de 2006
Otro por Varios autores (Internacional)
<http://lgpolar.com/page/read/499>

- Proyecto alternativo de nación: El porqué muchos mexicanos aman a Obrador y sus oponentes lo odian sin piedad
Otro por Andrés Manuel López Obrador
<http://lgpolar.com/page/read/500>

- ¡Uy, espántame panteón!
Artículo por Pablo Trejo Pérez (México)
<http://lgpolar.com/page/read/503>

- EL TRIUNFO ES DE LA ESPERANZA
Artículo por Diego Rodríguez Gil (México)
<http://lgpolar.com/page/read/504>